

PEPE MEL

EL MENTIROSO



ALMUZARA

© José Mel 2023

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2023

Primera edición: junio, 2023

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial ALMUZARA • Colección Novela

Director editorial: Antonio Cuesta

Edición de Rosa García Perea

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Imprime: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-11315-01-2

Depósito Legal: CO-777-2023

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

PREFACIO

*A Rosa, mi amor, mi amiga.
Y a Iris, mi auténtica Verónica.*

El ruido del dichoso despertador sobresaltó su sueño y rompió en mil pedazos la preciosa visión de aquella misteriosa isla. Alargó pesada y lentamente la mano y descansó cuando el horrible zumbido quedó apagado. ¿Por qué seguía aguantando aquel terrible suplicio y no tiraba el dichoso aparato por la ventana? Esa misma pregunta se hacía todas las mañanas. Raquel había comprado hacía tiempo el reloj, y parecía recordarle lo irritante que podía llegar a ser su «querida» mujer.

Se pasó la mano por la cabeza y mesó los cabellos con delicadeza; aquella era la parte de su cuerpo que más preocupaciones le daba últimamente. Observó la palma de su mano, no parecía haber remedio, cuatro o cinco pelos claros y finos le indicaban que, por más que se empeñara, la naturaleza seguía su curso, y que su pomposa y rebelde cabellera perdía miembros a la fuerza.

Saltó de la cama y, puesto en pie, se estiró todo lo que pudo. La espalda le recordó que no era el mejor momento para empezar la mañana con movimientos bruscos, así que se acopló las zapatillas y entró en el cuarto de baño, ansioso por la reparadora ducha.

El agua cayó sobre sus brazos y piernas bendecida por un buen masaje, y poco a poco la pesadez de sus pegadizos párpados fue dejando paso a la realidad de la mañana.

Aquel era un día como otro cualquiera en la ajetreada vida de Cail Lograft, nada le molestaba más que los imprevistos, todo, absolutamente todo, era regular, cotidiano y monótono en su vida. Abrió el enorme armario que, de forma ordenada y minuciosa, guardaba todos y cada uno de sus caros trajes, eligió uno al azar, y cogió la corbata que tanto le gustaba, regalo de su hija Verónica en su último cumpleaños.

Ese día había sido especialmente triste para Cail, hacía tan solo dos semanas que se había separado de Raquel, esperaba con ansia el día de su cuarenta cumpleaños para abrazar a su querida hija. Sin embargo, una llamada telefónica le hundió en la melancolía.

—¡Lo siento de verdad, Cail! —su hija siempre le había llamado por su nombre, algo a lo que ya se había acostumbrado—, pero no puedo cancelar esa cita, ¡llevo meses preparando esa entrevista!

Verónica vivía en Londres, y trabajaba para el periódico London Tames. La separación había sido dolorosa, pero en el fondo de su corazón sentía orgullo y admiración por la personalidad de su única hija pues, a pesar de la cantidad obscena de dinero de su padre, había decidido ganarse la vida con su trabajo y lejos de sus brazos protectores.

—Lo comprendo, hija, no te preocupes —dijo Cail intentando disimular, sin conseguirlo, el chasco y la desilusión— yo tampoco puedo salir de Nueva York, si no, me presentaría en Londres y pasaríamos una buena velada.

—Espero que te haya gustado mi regalo, no encontré nada mejor para un hombre tan apasionado por las antigüedades, ¡seguro que estarás guapísimo!

Cail había alargado la mano hacia el paquete que no había tenido tiempo de abrir, y sacó de él una corbata roja adornada con ánforas, vasos y vasijas de color blanco. Arrugó el entrecejo y luego soltó una sonora carcajada que acompañó Verónica a través del teléfono.

—Sin duda alguna esta corbata me unirá a las dos pasiones de mi vida: la arqueología y mi hija —comentó Cail sosteniendo la corbata en alto frente al espejo.

—¿Estará mamá contigo, Cail? —preguntó Verónica con voz dulce pero algo indecisa.

—No..., creo que lo mejor es que no —dijo Cail cambiando el tono de su voz—, ya sabes que tu madre y yo hemos tenido ciertos problemas que solo el tiempo puede curar.

—No te preocupes, todo se arreglará al final, ya lo verás —y notó cómo su propia hija no daba crédito a lo que estaba diciendo—. Bueno, Cail, tengo que dejarte o si no llegaré tarde a mi cita con Elton John.

—¡Oh!, claro, claro, y no debemos hacer esperar al señor John —contestó Cail.

—Es increíble, no sabes quién es Elton John —Verónica soltó una pequeña risita—. En cuanto esté libre iré a verte y te sacaré de esa enorme y triste mansión. Voy a ser yo la que te ha de enseñar a vivir a ti. El mundo al revés, padre.

—¡Me has llamado padre!

—Bueno, bueno, te dejo. Adiós..., Cail.

—Adiós, hija —y con aquella irónica despedida sintió un vacío enorme en su corazón.

Lo había conseguido casi todo en la vida y, sin embargo, su estado de ánimo no era todo lo bueno que se podía esperar del presidente y dueño de la Lograft Cosmetics. La impresionante casa de más de cinco millones de dólares se le hacía eterna en su soledad, por eso, desde hacía varios meses —incluso desde antes de su ruptura con Raquel—, había centrado toda su atención en la adquisición de antigüedades.

Meses atrás había vivido unos emocionantes días con la compra de un pequeño amuleto de lapislázuli encontrado en las proximidades del Valle de las Reinas, allá en Egipto. Todo fue excepcional: el viaje hasta El Cairo, la entrevista con aquel extraño y repulsivo egipcio, y, finalmente, su adquisición salvando todos los impedimentos puestos por el gobierno del país árabe.

Ahora cuando miraba la brillantez y el colorido del pequeño collar, pensaba en su antiguo propietario: Ramsés II, y el vello de su cuerpo se erizaba de emoción, no le importaban los seiscientos mil dólares que había pagado por él. Pero para un verdadero coleccionista y experto comprador como Cail, aquella emoción solo duraba un breve instante, el que va desde la admiración de lo adquirido hasta la necesidad de encontrar otro reto que embotara

sus sentidos. Lo que ahora verdaderamente necesitaba era encontrar otra pieza que llenara su tiempo y todos sus pensamientos. Pero mientras eso no sucediera, seguiría con su monótona vida, con todo ordenado, como a él le gustaba.

El autobús fue frenando lentamente, pero su conductor no pudo evitar que las gruesas gomas de las ruedas chirriaran de forma ruidosa. El calor era sofocante, el asfalto se ablandaba expuesto como estaba todo el día a la fuerza de los rayos solares, por eso, por más que el experto conductor lo intentara, las ruedas parecían gritar a cada movimiento del volante.

Las puertas abiertas dieron paso al jolgorio escolar que llenó el silencio del valle. Como cada año, la King David School hacía su excursión anual, este año el sitio elegido era Qumrán y todos ansiaban el esperado y reconfortante baño que les proporcionarían las tranquilas aguas del Mar Muerto.

El silbato sonó fuerte y autoritario, pero aun así y todo, Josina no encontró ningún tipo de ayuda para formar a aquella jauría sedienta de diversión. Había sabido desde el principio que aquel iba a ser un día que recordaría durante mucho tiempo, hacía mucho que había decidido dejar la enseñanza de chicos tan jóvenes, ya no tenía ni la paciencia ni las ganas suficientes como para pelearse de forma diaria con gente tan tempestuosa y egoísta; aquellos pequeños diablos le sacaban de quicio. Pero el ínclito señor Nemon no le había dejado lugar a la réplica, y ella tampoco se esforzó mucho por contradecir al director, era público y notorio que cuando el tozudo señor Nemon tomaba una decisión, no daba marcha atrás, por eso guardó todas sus energías para la pelea que iba a suponerle la excursión.

La fila se formó y todos guardaron silencio mientras miraban a la esbelta y voluminosa Josina. Tenía cuarenta y ocho años, de los cuales más de veinte los llevaba pasados en el King David School, y al contrario de lo que les sucedía a muchos otros profesores, a Josina con el tiempo se le marchó el amor y los nobles sentimientos con los que inició su apasionante incursión en el mundo

de la enseñanza. Su voz sonó fuerte y segura cuando ante la sonrisa comprensiva del chófer, empezó a arengar a su diminuto ejército.

—Espero de vosotros, aunque sé que es mucho esperar, que lo que en un principio es un día de diversión y descanso, no lo convirtáis en una batalla particular por amargarme el día —Josina miró despacio a derecha e izquierda y proyectó en su faz una sonrisa fría—. Así que me obedeceréis en todo lo que yo diga si no queréis pasar todas y cada una de las tardes del próximo mes encerrados en el colegio. Y, ahora, en marcha.

Con paso firme y decidido, la severa profesora inició la ascensión a la pequeña montaña, sin mirar hacia atrás, y dando por sentado que los más de treinta niños la seguían como corderos.

—¿Trajiste la pelota Selem? —preguntó el compañero que caminaba junto a él con una sonrisa pícara que dejaba al descubierto una graciosa y sucia dentadura mellada.

—Por supuesto, no pienso pasarme todo el día jugando a juegos estúpidos —contestó Selem, haciendo un gesto de irritación con su morena cara.

—¡Ya sabes lo que opina la maestra de las pelotas!

—Me da igual. Ya tengo diez años —dijo elevando su pequeño mentón—, y no pienso dejarme avasallar por una vieja bruja, David. ¡Jugaremos a la pelota! Ya sabes que por la tarde se duerme como un lirón, no se dará ni cuenta.

Bueno, pensó, al fin y al cabo sus temores eran infundados, el día marchaba fenomenal y los chicos se habían portado bien. Se había reído con el juego del pañuelo, y también con el «tú la llevas», se había transportado por un momento a su barrio viejo de Jerusalén, y la visión le había hecho disfrutar. Ahora, después del bocadillo y la cerveza fresquita, el sueño le empezó a embotar los sentidos, por eso, allí sentada en la roca y completamente despreocupada, desabrocho los primeros botones de su apretada camisa dando respiro a sus grandes pechos y se quedó dormida.

El partido era emocionante, y aunque el sol ya empezaba a esconderse por el horizonte, el cuarto curso de educación primaria del

King David School se centraba en la resolución de aquella jugada. Habían dividido a los chicos en dos equipos de nueve jugadores, y las chicas pronto tomaron partido por diferentes bandos, todos, absolutamente todos, estaban enfrascados en la disputa del balón. Selem había conseguido dos goles y se sentía orgulloso, además Salina, la chica de sus jóvenes sueños, pronto se había erigido en portavoz de sus hinchas y le animaba con voz chillona y dulces ojos, por eso Selem apretaba los dientes y corría, sintiendo la mirada de su chica clavada en su espalda.

—¡Pásamela, eh, David, mira aquí, estoy solo! —Selem gritaba a su amigo, pero el pequeño David siguió corriendo con el balón—. Eh, David mira ahora —David levantó la cabeza y observó la posición de su querido amigo, y no lo dudó, contrajo los músculos y golpeó la pelota, pero ante su decepción esta se elevó demasiado y se perdió entre las rocas ladera abajo.

Josina se despertó súbitamente y, sobresaltada, escuchó el griterío: «Uuuuhhhh», gritaban unas; «David, David», gritaban otras. Josina miró un momento y enseguida comprendió: las chicas sentadas en las rocas formando dos bandos, los chicos, unos con camiseta, otros sin ella, sin duda dos equipos diferentes, pero no vio la pelota, y eso la preocupó. A su mente volvieron los fantasmas del pasado y su viejo odio por las pelotas... Conducía deprisa por la avenida central y una pelota se cruzó en su camino y, de pronto, y sin previo aviso, una pequeña chiquilla de no más de cuatro años salió de la acera detrás de su juguete. No pudo frenar, era imposible, y cuando lo hizo fue con miedo y náuseas, salió del coche chillando como una loca y ya lo único que recordaba era aquella mirada infantil apagarse entre sus brazos.

—Ha tenido que caer por aquí, Selem —David miraba preocupado a su amigo, sabía que el fútbol era su vida y que por unos minutos se había sentido un héroe, y un mal pase lo había borrado todo—. No te preocupes, la encontraremos.

—No me preocupa la pelota, David, simplemente me da rabia no poder acabar el partido, cuando volvamos seguro que la gorda esa se habrá despertado —dijo Selem impotente.

—Mira allí —David señalaba una pequeña hendidura hecha sobre la pared de la montaña—, ¡seguro que ha caído allí!

Los dos amigos se dirigieron hacia el lugar y miraron en el interior.

—Ahí está —gritó orgulloso David—, pero ¿cómo ha podido meterse dentro si yo no quepo? —comentó extrañado.

—Seguramente por este pequeño agujero —señaló Selem—. Qué mala suerte!, tendremos que separar estas rocas.

Los dos muchachos empezaron a despojar la entrada de lo que sin duda era una cueva, con toda la agilidad e ilusión que daban sus diez años, y pronto hicieron un hueco lo suficientemente grande como para entrar dentro.

Josina, que ya había recibido las suficientes explicaciones, siguió el camino que le marcaban los asustados muchachos, y se dispuso a encontrar a los dos descarriados. Mientras bajaba y bajaba iba pensando en el castigo que impondría a los desobedientes, y su furia iba en aumento. Llegó a la pequeña explanada y decidió hacer un leve alto para coger resuello.

—Selem, David, ¿me oís? —el silencio era total y solo el eco devolvía su voz aplacada—. Selem, Dav... ..id —se calló, y escuchó, le había parecido oír unas voces de la pequeña ranura de la pared de la roca.

—Estamos aquí, señorita —contestó tímidamente Selem.

—¡Malditos críos! Salid de ahí ahora mismo —gritó Josina, pero no había acabado de dar la orden cuando David, llevado por el mismísimo diablo, salió corriendo y se abrazó a ella. Josina miró al muchacho y vio en su ceniciento rostro el miedo marcado—. ¿Selem? —gritó.

—Señorita, creo que es mejor que pase usted a ver esto, es... es... maravilloso.

Josina soltó despacio a David y avanzó hasta la hendidura, apartó unas cuantas piedras y a duras penas entró justo donde estaba Selem. Su boca se abrió de par en par, no necesitaba ser una experta para darse cuenta de lo que estaba viendo, hasta un niño de diez años —menos fantasioso, pero más listo y avisado que su compañero —lo había comprendido.

—Dios mío —acertó a decir.

Giró su cabeza y observó todo con detalle: numerosas ánforas se repartían por el espacio de la cueva, grandes y pequeñas se

mezclaban a simple vista, algunas estaban todavía cerradas y enterradas hasta el cuello. Otras hechas añicos esparcían su contenido como polvo duradero. Pero la pelota, al entrar en la cueva, había roto una de ellas (sin duda por su fragilidad debida al paso del tiempo) y había esparcido su contenido por el suelo. Josina avanzó despacio y se agachó a su lado, con miedo alargó la mano y sintió el roce del papel, una emoción enorme embriagó todo su cuerpo. Intentó leer aquellas palabras que, allí escritas, habían permanecido ocultas durante mucho tiempo, pero no pudo, el hebreo que se alineaba con gracia y belleza sobre el papel escapaba a su conocimiento; sin duda aquellas hermosas palabras no estaban reservadas para ella.

Miró a su derecha y recogió la pelota, se levantó y, con la mirada perdida, se la dio al muchacho diciendo:

—Cúidala bien, Selem, esta pelota ha sido guiada por la mano de Dios.

Como casi todos los días, las filas de gente deseosa de entrar en el Santuario del libro llenaban el ambiente con sus gritos alegres y expectantes. Pero desde hacía un mes esa marea humana se hacía interminable, las noticias del nuevo descubrimiento de pergaminos en Qunrám habían sobrepasado todas las expectativas que en un principio la dirección del centro había previsto, y se veían sobrepasados por la cantidad de público que formaba desordenadamente a sus puertas.

Eran las ocho menos cuarto de la tarde, por lo tanto solo quedaban escasos quince minutos para que el Santuario del libro cerrase sus puertas, y ese era el momento en el que Neil entraba a trabajar. Llevaba más de diez años trabajando para el gobierno israelí, y nunca se había sentido importante, ni tan siquiera sus superiores se habían dignado a agradecer su trabajo con un generoso gesto el día que nació su hijo Alónn. Un frío, aunque bonito ramo de flores, fue todo lo que recibió, y ese día fue el primero en mucho tiempo en el que Neil tuvo la certeza de que solo era un mero número sin importancia para la dirección. A aquel primer ramo le

siguieron cuatro más, y con cada uno de ellos sintió la misma rabia, cuando de vuelta al trabajo, nadie, absolutamente nadie, se dignó a preguntarle por su familia.

El día que consiguió aquel trabajo, una alegría inmensa llenó su joven corazón, pues sabía de la importancia que su núbil nación daba a los tesoros que guardaban aquellos muros. Solo la sangre derramada de tantos y tantos judíos había conseguido forjar los cimientos en los que se sostendría el nuevo Israel, y aquellos fragmentos de escritura hebrea representaban su identidad y el testimonio firme de que sus antepasados les tendían la mano en la que apoyarse : su tierra prometida.

Ahora, después de tantos años de oscuro y duro trabajo, aquella luz y fogosidad había dejado paso a la indiferencia que le daba el monótono deambular de los días.

Aparcó despacio el sencillo y viejo Renault en el pequeño sitio reservado para empleados, y rescató de la guantera un pegajoso paquete, ¡otra vez tortilla a la francesa! Su vida estaba marcada por las largas horas de aburrimiento y los grasientos e intragables bocadillos de tortilla.

Con paso corto, como demorando el momento, Neil entró en el áspero edificio y miró la cansada pero aliviada cara del regordete Serrit; el efecto era siempre el mismo: su cara cambiaba de semblante, y su rostro dibujaba una amplia sonrisa al detectar su presencia. Neil no se lo tomaba a mal, él seguramente hacía lo mismo cuando su esperado relevo hacía acto de aparición, pero aquel día los nervios y la preocupación le hacían estar más alterado y receptivo, por lo que un escueto gruñido fue todo lo que consiguió el obeso Serrit en respuesta a su saludo.

Se encaminó cabizbajo hacia el pequeño vestuario que hacía de vestidor para todos los empleados del museo —mujeres y hombres usaban la misma habitación y eso había creado más de un problema que la dirección del museo no parecía dispuesta a solucionar— y se dejó caer sobre el banco metálico que servía de asiento.

La respiración se le hacía entrecortada, y el sudor le empezaba a correr de forma impetuosa por la frente y las mejillas, el corazón

cabalgaba de prisa en el interior de su pecho, y sentía preocupado el palpitar sobre sus sienes. Tragó saliva y respiró hondo, había tomado la decisión, pero poco a poco el ímpetu y la predisposición dejaban paso a un miedo casi visceral que le recorría todo el cuerpo. Había pensado que todo «aquello» iba a ser mucho más sencillo, y ahora un estúpido y recóndito sentido de la honestidad, le atenazaba los nervios y no le dejaba pensar con fluidez. Él era tan patriota como los demás, pero necesitaba el dinero y, ¿era tan fácil conseguirlo! Pensó en su padre y los pensamientos se volvieron serenos, pero llenos de culpabilidad, el viejo había luchado poniendo el corazón por un Israel potente, orgulloso y fuerte, ¿qué pensaría de la acción que su querido hijo pensaba hacer? Pero el momento de arrepentimiento pasó justo en el instante en el que imaginó a su mujer cubierta por las olas, disfrutando de un merecido descanso, y en sus ojos tras la venda de la ignorancia, el orgullo por su marido.

Y él, ¿sería él capaz de soportar su conciencia?, y sobre todo lo más importante: ¿podría salir ileso e indemne de la ardua y dura investigación que a buen seguro la dirección y el gobierno israelí harían? Ya no tenía tiempo de pensar en ello, se había comprometido y por supuesto el dinero que recibió por adelantado ya lo había gastado, no podía echarse atrás, solo rezar al Dios de Israel para que paradójicamente le ayudara a traicionar a su querido pueblo. La nítida imagen de aquel fatídico día le golpeaba la cabeza una y otra vez, no había conseguido apartarla y seguramente sería el inicio de algo que lamentaría por el resto de su vida.

Un hombre, extraño para él, le había abordado en un restaurante y le había propuesto dinero fácil, demasiado dinero. ¿Por qué tenía que ser él fiel a un sistema y a una comunidad que lo ignoraba, y en la que nunca dejaría de ser un pobre hombre sin futuro? ¡Pero lo que aquel hombre exigía de él era algo que iba en contra de todo lo aprendido a lo largo de tantos y tantos años!

Empezó a vestirse y a colocarse el uniforme del que tan orgulloso se había sentido, y sin embargo sabía que iba a deshonorar todo su significado. Intentó no mirar el escudo, la insignia que, brillantada en su pecho, le marcaba como vigilante nocturno, y

por lo tanto valedor de todos aquellos tesoros. Salió del vestuario y escuchó atento. Nada, ningún ruido, todo el gentío se había marchado ya y, por lo tanto, el Santuario del libro se encontraba libre de toda persona ajena a él. Unos pasos conocidos sonaron a través del estrecho pasillo y esperó a que la inmensa humanidad de su amigo Serrit apareciera.

—¡Ufff... —bufó Serrit—, están como enloquecidos, yo diría que los tienen amarrados en sus casas y vienen aquí desbocados y sedientos de emociones!

Serrit se dejó caer sobre el banco de aluminio y Neil sintió cómo las patas se resintieron con el golpe. No le apetecía nada charlar con su compañero, pero eso exactamente era lo que hacía todos los días, diez o quince minutos de llana conversación para salir al relevo, y por lo tanto hoy también tendría que hacerlo, no sería bueno para él que Serrit recordara que precisamente esa noche había cambiado su comportamiento habitual.

—¿Has tenido algo especial hoy, amigo mío? —preguntó Neil respirando despacio para dominar su preocupación y sus crecientes nervios—, seguro que entre tantas visitas algo peculiar te habrá pasado.

—Bueno, bueno, amigo Neil, es increíble las cosas que uno ve en un sitio como este, desde la pareja que se mete mano en cuanto pierde todo el interés por lo que está viendo, hasta el grupo de japoneses que todos juntos parece que van hacia la gloria. Siempre me ha fascinado la actitud de esa pequeña gente hacia todo lo que está fuera de su cultura —Serrit empezó a quitarse las pesadas botas que como buen exmilitar gustaba llevar, y su cara se iluminó con una leve pero amplia sonrisa—. Ahora bien, la palma del día se la lleva sin duda una tozuda anciana que se ha debido creer que yo era idiota —Neil miró el grasiento rostro de su compañero y omitió el dar su opinión al respecto—. Verás, la buena señora iba acompañada por una linda moza que ya empezaba a pedir a gritos algún que otro favorcillo, ¡tenía más tetas que mi mujer!, y ¿a que no sabes lo que me dice la vieja? —Serrit obviamente no esperaba la contestación de su amigo, por lo que continuó con su relato—, ¡quería una entrada infantil para la chica, decía que tenía doce años! Yo, como era natural, le pedí el carnet

y empezó a gritarme como una loca histérica, ¡ja,ja,ja! —empezó a reírse—, me lo estaba pasando bomba, pero la fila doblaba ya la calle, así que le di la dichosa entrada, pero antes de que se marchara le dije: «Cómprele una piruleta a la nena». No veas, me fulminó con la mirada y se marchó todo digna.

Neil miró a su amigo y sonrió. Aquel gordinflón siempre conseguía sacarle una sonrisa y esta vez no sabía el bien que le había hecho.

Una tenue luz iluminaba el pasillo central, pero las tinieblas acampaban ya por todo el recinto. Neil recorría nervioso la distancia que iba desde la puerta principal hasta el final del corredor, y una vez llegado al final, empezaba el mismo recorrido. El turno de noche siempre había sido su favorito, él era un ave nocturna, pero esta vez hubiera rogado a Dios para estar en la cama al lado de su mujer, y sentir y poder oír esa respiración entrecortada que tanto le gustaba.

Las urnas de cristal parecían mirarle y recriminarle con su silencio la acción que se disponía a acometer, la sensación de paz que siempre le acompañaba en aquellas horas y en compañía de tan antiguos e insignes tesoros le había abandonado por un dolor espiritual que marcaba el leve paso hacia delante que separaba la tenue línea entre el bien y el mal. Los ojos de David y Abraham los sentía clavados en su espalda y serían un duro peso con el que tendría que cargar todos los años de su vida.

La una de la madrugada era la hora acordada y todo parecía salir como aquel extraño hombre le había predicho. Palyd, su compañero nocturno, no se había presentado al trabajo y, por lo tanto, todo aquel estandarte nacional estaba solamente bajo su protección, y él se disponía a actuar como otros tantos judíos en la historia que solo se habían significado por la traición hacia su pueblo.

Nervioso y casi sin tino, logró abrir la pesada puerta que en la parte trasera del recinto llevaba a un patio interior, y un susto descomunal hizo que dejara caer con pavor el llavero con las numerosas llaves al suelo, mientras un quejido sordo salía de su boca. La fuerte luz de una linterna se reflejaba en su asustado rostro haciéndole cerrar con fuerza los ojos. Neil se llevó la mano a la

cara a modo de visera, e intentó ver más allá de aquel cañonazo de luz.

—Tranquilo, señor Neil, no se asuste, todo marcha bien.

Dos hombres entraron, tras cerrar la puerta, en el largo corredor, y el que se había dirigido a Neil apagó la molesta linterna. Allí estaba otra vez aquel repulsivo hombre que le había abordado en el restaurante a la hora del almuerzo, seguía manteniendo la misma hipócrita sonrisa y la fina hilera de pelos que sobre el labio superior formaban su bigote se movía al ritmo de su boca. Era bajo, no alcanzaba más allá del hombro de Neil, pero su contextura era musculosa y a simple vista se apreciaba que era un hombre fuerte. Neil volvió a tener problemas, como ya le ocurriera la otra vez, para mantener su mirada, pues esta era dura y fría y dejaba entrever la violenta personalidad del hombrecillo. Seguro —pensó Neil la primera vez que lo vio— que su corazón es un duro bloque de hielo dentro del pecho.

Pero su rostro se tornó en una mueca de asombro cuando, estupefacto, comprobó quién era el otro individuo.

—¡Señor Senman! —fue lo único que logró articular cuando vio al director del Santuario del libro.

El señor Senman se sonrojó al comprobar el asombro de Neil, pero fue solo un instante, rápidamente se enderezó y volvió a ser el duro y altivo director por todos conocido, aunque —pensó Neil— el mundo es una caja de sorpresas y estaba claro que nadie conocía, remitiéndonos a los hechos, al verdadero señor Senman.

Ahora comprendía por qué su compañero Palyd no había aparecido y sintió ganas de estar en su puesto, pero por otro lado un extraño sentimiento de agradecimiento recorrió su cuerpo, totalmente fuera de lugar en tan irregulares momentos, pues aquello significaba que su jefe y director le había preferido a él para aquella extraña y peligrosa aventura. Pero rápidamente su ego y el sentido profesional le pusieron en una dura duda: ¿no le habrían elegido quizás porque le consideraban más idiota? Senman era, al lado de su acompañante nocturno, la prueba fehaciente de que la naturaleza era caprichosa y le gustaba jugar con la diversidad en sus obras. Era exageradamente alto y algo encorvado cuando se relajaba, por lo que acostumbraba a ir rígido y derecho. Su pelo era

canoso, a pesar de no tener más de cuarenta y cinco años, y su tez blanca resaltaba aún más por la curva que marcaba su voluminosa nariz aguileña. Ocupaba el puesto de director desde hacía más de diez años y aún era recordado con admiración el día de su nombramiento; en un hermoso discurso había rechazado cualquier tipo de fiesta y había invitado a todos los empleados a velar por el legado histórico judío y a sentir « cada letra de aquellos pergaminos como gota de sangre que corre por nuestras venas».

—¿Está todo tranquilo, Neil? —aquella pregunta le resultó algo idiota, pero fue lo único que se le ocurrió a Senman para apartar de sí aquella mirada llena de frustración y miedo.

—Sí... sí —volvió a decir Neil tragando saliva—, todo está en orden..., señor.

Pero el enjuto y moreno hombre rompió el absurdo diálogo entre ambos y con un tono de voz sereno pero firme dejó claro quién era el que dominaba la situación.

—Señor Neil, haga el favor de llevarnos hasta la rollería —dijo el hombre haciendo gala otra vez de su escalofriante sonrisa.

Anduvieron despacio y por un instante por el estrecho pasillo que de forma lateral corría paralelo al amplio y más principal que habían cogido en la entrada. Neil se paró delante de una sencilla y casi desapercibida puerta de madera, y del extraordinario taco de llaves eligió una, metiéndola después en la cerradura y haciéndola girar. La puerta no ofreció mayor resistencia, y los tres «visitantes» nocturnos traspasaron su umbral. Nadie hubiera podido pensar que tras aquella humilde puerta se pudiera encontrar tanta historia, maravillosas letras del pasado que llevaban en sus trazos por el tortuoso camino que marcaban los siglos tiempos oscuros que se revelaban ahora para los pocos privilegiados que tenían acceso a ellos, y que, por supuesto, tardarían tiempo en hacer público (si finalmente se hacía) toda una vida.

Dos largas y anchas mesas de madera ocupaban toda la estancia, y a su alrededor había gran cantidad de ficheros. Neil observó cómo el hombre que le había cambiado la vida con aquella entrevista en el restaurante se enfundaba unos gruesos guantes. El hombrecillo empezó a pasear por las mesas y a comprobar el contenido de estas.

Senman amaba aquellos trozos de papel roídos por el tiempo, y aunque «aquel hombre» no podía tocarlos, el mero hecho de pasar sus manos enguantadas por los gruesos cristales que los protegían le parecía una violación y un ultraje. Él sabía reconocer en los rostros de la gente la admiración e incluso la misma pasión cuando veían aquellas perlas de la historia. Pero la sonrisa y la mueca que se reflejaban en aquel moreno rostro eran de mero comerciante. No apreciaba lo que veía por su valor histórico único, sino por su precio en el mercado.

Senman decidió acabar de prisa con aquel suplicio y se encaminó hacia uno de los ficheros, lo abrió y de uno de sus cajones extrajo un pequeño paquete envuelto en trapos de lino. Tras un momento de leve duda lo alargó a su acompañante, y este, sin mirar su contenido, lo guardó en su chaqueta.

—¿No va a mirar su contenido? —preguntó Senman.

—¡Oh, no!, ¿para qué? —respondió el hombrecillo mientras se mesaba el bigote—, sería estúpido por su parte engañarme ahora, y además no creo que debamos correr el riesgo de romper la mercancía, ¿no cree?

Senman odió en lo más profundo de su corazón al altivo personaje que tenía enfrente, pero se encontraba atrapado, aquellas fotos marcarían en su vida un antes y un después, ¡y con esa dulce muchacha había sido todo tan fácil! Ahora se daba cuenta de que demasiado fácil, siempre había sabido que ese deseo irreprimible iba a ser su perdición, pero nunca llegó a pensar que Dios le fuera a castigar de forma tan dura.

—Bien, ¿y ahora? —preguntó casi sin desear saber la respuesta.

El hombre dejó de acariciarse el grueso bigote negro y se llevó la mano a la chaqueta. Los ojos de Senman se abrieron desmesuradamente y el más infinito pavor se dibujó en sus pupilas: en la mano derecha del sonriente hombrecillo apareció un revólver automático, y con la habilidad que da ser un buen profesional empezó a enroscar un pequeño silenciador.

—Kalad, usted y yo hicimos un trato —empezó a decir de forma entrecortada por el susto Senman, que en un solo día parecía haber envejecido más de diez años.

Sin embargo, la reacción de Kalad fue muy rápida e inesperada

para el director, giró sobre sus talones, apuntó solo un leve instante a la cabeza del sorprendido Neil y apretó el gatillo.

Un sonido amortiguado, cercano y mortal, pareció taladrar el corazón de Senman, y sin embargo el pequeño agujero en su cabeza y la mancha roja en la pared demostraban que era Neil el que había encontrado la trayectoria de aquella bala, dejando en su camino la vida.

Kalad se acercó al cuerpo del vigilante y, sin dudar, volvió a apretar el gatillo esta vez en el ya inerte corazón de Neil. Sacó un pañuelo de un bolsillo y se secó el sudor de la frente mientras apuntaba con su pistola al director, que con sus manos en la boca no daba crédito a todo lo que estaba viendo. Retrocedió e intentó rezar, pero su mente estaba completamente abotargada, cerró los ojos y escuchó las palabras que aquel asesino le decía:

—No creo que haga falta que le recuerde lo que usted se está jugando, por lo tanto esperamos que no haga ninguna tontería —Senman sintió cómo el percutor retrocedía y también cómo las gotas de sudor invadían todo su cuerpo—. Por cierto, no vuelva usted a usar mi nombre para nada... es peligroso.

Pasaron varios minutos, pero no se atrevía a moverse, sus ojos se negaban a dejar despegar sus párpados, y el corazón galopaba desbocado y sin final. Pero despacio y poco a poco fue recobrando la serenidad y respirando hondo consiguió mirar a la realidad. Se había marchado, se encontraba solo, aquel ser maligno le dejaba vivo y de esa forma su castigo era más duro que la muerte. Intentó levantarse despacio pero no lo consiguió, tuvo que frenarse en el acto, pues en el suelo el cadáver del pobre muchacho le miraba directamente a los ojos, y en aquella apagada mirada solo veía incompreensión... y desprecio.

I

La auscultación había resultado tranquilizadora, por lo tanto el doctor Mircelt dejó caer el fonendoscopio sobre su pecho con un gesto de aprobación. La paciente siempre había tenido una salud de hierro, pero la edad es una barrera insalvable incluso para gente con un carácter tan fuerte como Angélica Lograft. Ochenta y cinco años llevaba paseando su existencia por el mundo, y se podría decir de todo de Angélica Lograft, pero no que hubiera pasado desapercibida o que su vida hubiera sido monótona o carente de significado.

Una mucho más joven Angélica había luchado por expandir el evangelio cristiano por toda Sudamérica, llegando a estar perdida más de un mes dentro de la selva amazónica, de cuya aventura había salido más fortalecida y decidida a continuar su obsesiva pasión evangelizadora. Viuda desde hacía años, ya el mundo pastoral de la anciana Angélica se limitaba a la tranquila y humilde parroquia de Sant Johns, donde era querida por todos, pero también respetada por su conocido mal humor.

Sin embargo para una mente tan unida y apasionada por el mensaje de Cristo era francamente desolador tener el mayor fracaso dentro de su propia familia. El amor por su hijo Cail rayaba en su ancho corazón ese extraño y escabroso camino que conduce el amor hacia la pasión ciega. Había rogado a Dios en innumerables ocasiones para conseguir que la vida de su hijo no cayera en los atractivos lazos que la tentación dispara alrededor del cuello

de las personas que, como su hijo, lo tienen todo en la sociedad creada por el hombre: juventud, dinero y unas ganas locas de comerse el mundo con el triunfo. Pero todo había sido en vano, desde muy joven Cail se había separado de Dios, y cuantos más intentos hacía ella por corregir ese error, más perdía su hijo la fe en Cristo.

Cail cerró la puerta tras de sí, y miró expectante al viejo Mircelt. Llevaba tantos años como médico de la familia Lograft, que los primeros brazos que Cail pudo sentir en este mundo fueron los de un entonces joven Mircelt. El tiempo no había sido del todo injusto con él, pero aun así y todo, muchas veces Cail pensaba que cualquier día tendrían que poner una cama al doctor, pues era ostensible el esfuerzo que cada vez necesitaba más el médico para ascender aquellas preciosas pero empinadas escaleras de mármol.

—No te preocupes en exceso, Cail —dijo Mircelt con una sonrisa cansina—, ya sabes lo tozuda que es tu madre, y me ha asegurado que no piensa dejarnos por ahora.

Cail sonrió algo preocupado, pero sabía que el doctor no le mentiría, nunca lo había hecho. Empezaron a bajar las escaleras y, como siempre, dejaron a un lado cualquier conversación, ¡ya tenía bastante Mircelt en bajar los grandes peldaños como para distraer su atención en pronunciar palabra! Ya en la hermosa puerta de madera adornada con preciosos dibujos tallados, Mircelt se volvió a Cail.

—Me ha hecho prometerle que te veo todos los domingos en misa —el doctor sonrió pícaramente y apoyó su mano en el brazo de Cail—, por favor no se te ocurra decirle nunca a tu madre que yo tampoco voy, a mi edad no podría aguantar el sermón.

Cail cerró la puerta con una mueca que disimulaba cierta sonrisa en su boca, pero tras comprobar que aquella dura y pura extensión de madera le separaba del doctor, su rostro se contrajo en un serio rictus de preocupación.

Había decidido por fin, y tras muchos meses de vacilaciones, contar a su madre sus planes de divorcio. Ahora no veía el momento de comunicarle a su madre una noticia tan dolorosa y escandalosa para ella. Nunca le había agradado Raquel, nunca se habían llevado bien, ¡pero disolver algo que Dios había unido! Su madre sabía que ellos ya no vivían juntos, pero misteriosamente

nunca había tocado ese tema, quizás porque Verónica ya era una hermosa mujer, independiente y que además vivía fuera del país. Por lo tanto no necesitaba nada de sus padres y la separación de estos no sería ningún trauma para ella. ¡Pero el divorcio! No, eso no, nunca lo aprobaría.

Subió despacio las escaleras y se encaminó hacia la habitación de su madre. Decididamente dejaría la conversación que tenía preparada —más bien ensayada— para mejor momento, al fin y al cabo solo quería la aprobación de su madre, pero dijera esta lo que dijera, su decisión ya estaba tomada: se divorciaría de Raquel.

—Ven, hijo mío, acércate y siéntate aquí —dijo Angélica dando unos pequeños golpecitos a su lado sobre la cama.

Cail obedeció a su madre, y se dejó caer a su lado con una sonrisa.

—¿Se ha marchado ya ese cascarrabias?

—Madre... —Cail iba a empezar a protestar por la forma en que su madre había llamado al viejo doctor, pero rápidamente pensó que era una tontería, pues si su madre había decidido que Mircelt era un cascarrabias, no merecía la pena discutir— ...sí, ya se ha marchado.

—Bien, entonces es hora de que tú y yo nos ocupemos de los problemas del espíritu —la señora Lograft se incorporó con una rapidez y agilidad que sorprendió a Cail, y señaló su extensa librería que se encontraba al otro lado de la habitación—. Por favor, hijo mío, tráeme del segundo estante las epístolas de San Pablo a los romanos.

Cail sonrió tranquilo. Se sabía casi de memoria todas aquellas cartas, así como los Hechos de los Apóstoles. Su madre había encontrado hacía tiempo un castigo para él: como no conseguía nunca por las buenas que leyera a su apóstol favorito, siempre aprovechaba cualquier ocasión para hacerle digerir todas y cada una de aquellas palabras. Siempre, al final de una larga tarde de aburrida escucha, Angélica cogía a su pequeño Cail en brazos y, tras un tierno beso, le repetía una y otra vez: «Algún día estas santas palabras te ayudaran en tu camino».

Cail cogió el grueso y manoseado libro, y volvió a sentir el contacto de aquellas suaves hojas, ¡cuántos recuerdos le traían

aquellas páginas! Suspiró, y con la tranquilidad que dan el devenir de los años, dejando atrás los traumas pasados, se sentó junto a su madre.

El pequeño separador de terciopelo rojo ya le indicaba justo dónde tenía que empezar a leer, pero Cail, antes de empezar la lectura, depositó con suavidad un beso sobre la suave y arrugada frente de su madre.

Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree: del judío primeramente y también del griego. Porque en él se revela la justicia de Dios, de fe en fe, como dice la Escritura: El justo vivirá por la fe.

Cail levantó la vista del libro y de reojo, y con mirada tierna, vio cómo su madre descansaba plácidamente con la paz dibujada en su anciano rostro. Cerró el libro y lo dejó sobre la mesilla, arropó a Angélica y la volvió a besar en la frente. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¿Volverás pronto, Cail? —escuchó tras de sí.

—Claro que sí, madre, mañana vendré a verte —dijo Cail dando la vuelta con una sonrisa dibujada en el rostro.

—Bien, entonces mañana podrás decirme lo que habías venido dispuesto a contarme.

—Claro..., madre, ahora descansa. Hasta mañana —y Cail cerró la puerta saliendo de la habitación. Sonrió dejándose caer en uno de los sillones que llenaban el ancho pasillo de estilo victoriano, y movió lentamente la cabeza de un lado para otro—. Es increíble, mi mente sigue siendo un libro abierto para mi madre.

Sentía el aire correr entre su pelo y aquella sensación, unida al contacto de la piel del volante entre sus manos, le hacía sentirse grande. Él no buscaba en los coches la velocidad ni el vértigo que proporcionan los grandes motores, era un enamorado del confort y el buen gusto, por eso, sentado en su elegante y moderno Mercedes 600 deportivo, se sentía dueño del mundo. Pero aquello no era suficiente para él, ser sibarita hasta el máximo extremo se había convertido en casi una religión, de tal modo que se hubiera sentido completamente incómodo si en su CD no sonara dulce y armoniosa la serenata *Eine kleine nachtmusik* de Mozart.

El genio de Salzburgo era una pasión para él, su música le servía de camino en numerosas ocasiones —por no decir en todas—, si su estado de ánimo era tranquilo y sereno, de forma instintiva buscaba los conciertos de viento para que le acompañaran en la lectura. Por el contrario, cuando su estado era de júbilo, bien por algún buen negocio o por la compra de algún objeto largamente deseado, con el volumen rayando la locura, se paseaba por la extensa casa con sus óperas favoritas: *La flauta mágica*, *Las bodas de Fígaro*, o *El rapto en el Serrallo*. Pero por desgracia para él —aunque disfrutaba en su agonía de la belleza de aquellos bellos compases— era habitual también verle sentado con los ojos cerrados llenándose en su tristeza con el *Réquiem*.

Los conciertos de violín le servían para trabajar, los sentía, le llenaban y le regulaban los nervios o la tensión que derivaba de su trabajo. En su despacho, y de forma suave, siempre sonaba el dulce compás que de forma armoniosa y bella salió de la mente del genial compositor.

Ahora su tobillo se juntaba al pedal del acelerador a cada nota con diferente tacto. Su mente volaba a los lugares paradisíacos por los que desde pequeño había bajado con su imaginación. Esos lugares que para él eran maravillosos, para la inmensa mayoría del común de los mortales serían, cuando menos, incómodos e inhóspitos. Su cabeza no viajaba por playas claras de agua transparente, llenas de arena fina y jovencitas en tops, no, él soñaba con Masada, Gizeh, Jerusalén, Machu Pichu o el Valle de los Reyes en Egipto.

Un viejo y conocido sonido le sacó de su ensueño, y mezcló su zumbido con la suave y cálida belleza de Mozart. Cail bajó con desgana el volumen de su aparato y descolgó su teléfono móvil.

—Hable —fue el escueto y simple saludo que Cail dio a su desconocido receptor.

—Señor Lograft, soy Karen.

Cail sonrió de forma escueta, le gustaba el tono de voz de su secretaria, además de ser la persona más importante en su vida profesional. Karen era sin duda más que su mano derecha, y tenía la confianza que se había ganado con más de diez años de eficiente trabajo.